

# NUESTROS OTROS VALORES

Joaquín Araújo

PRESENTACIÓN

L

o que justifica y hasta estimula el incesante deterioro ambiental, con un territorio hecho trizas por las demasiadas desgracias vinculadas al urbanismo, es una tríada de creencias básicas. Tanto que en realidad sostienen a la totalidad del modelo de relaciones que mantenemos entre nosotros mismos y con el derredor. Nos referimos en concreto a:

**Uno.** La muerte es mucho más importante, acaso por ser mucho más larga, que la vida. De ahí que la administración de los tiempos del más allá haya sido siempre fuente de poder incontrolable ya que está fuera del mundo y de los mismos hombres. Nada de lo cercano y cotidiano merece la consideración suficiente si el máximo siempre está en el más allá. De ahí salta un cuerpo ideológico que jamás quiso reconocer el valor de lo viviente en una mínima justa proporción. Por si eso fuera poco en el campo de lo religioso, en el de la vida cotidiana, el liberalismo instaló el mucho mayor prestigio de lo inanimado, la mercancía, lo quieto bajo el cemento o el asfalto que la palpitante, frágil y estremecida vida. ¿Nos acordamos, por ejemplo, de lo mueble y lo inmueble? O de que esto se basa en cambiar el tiempo de la vida, la de cada uno, por dinero. Ese raro producto, solo de la mente, que casi solo sirve para la adquisición de cosas casi siempre y cada día más muertas.

**Dos.** Todo lo superior lo es por decreto impuesto por esos mismos entes celestiales que son los principios de la razón práctica. Cuando poco resulta más evidente que nada está arriba sin la ingente peana de lo que tan torpemente es denominado inferior. Nosotros mismos, y toda la vida en su conjunto, somos porque infinitos seres microscópicos, junto con ingentes elementos esenciales, procesos y ciclos en incesante trabajo por completo gratuito, consiguen crear las condiciones de partida y mantenimiento de todo lo que vemos y todo lo que somos.

**Tres.** Como lógica consecuencia de los dos primeros puntos, nada que no haya sido transformado en otra cosa o desplazado de su lugar de origen por las técnicas de los humanos tiene suficiente valor económico. Pero sobre todo no lo tienen esos elementos y seres vivos mencionados en el punto dos. Y como no son objeto de apreciación o unos mínimos de rentabilidad a corto plazo, permanecen opacos a las convencionales contabilidades.

La cosecha de estos planteamientos está a la vista. Pero es mucho más lo que han pretendido esconder bajo la alfombra. Y ocultan su inviabilidad, incluso ya a corto plazo. De ahí que convenga un real nuevo planteamiento, que por no ir más lejos debe estar basado en darle casi por completo la vuelta a tales argumentos con estos otros tres.

**Uno.** Ante la imposibilidad de crear vida, tal y como ha llegado a nosotros, y mucho menos en su extraordinaria e inabarcable complejidad, belleza, delicadeza, información almacenada y excelentes resultados prácticos, a corto y sobre todo

largo plazo, debemos asegurarnos su continuidad. Por manifiestamente inmejorable e insustituible. Todas las formas y logros de la muerte, cuando no son parte de los ciclos cerrados, carecen de la más mínima importancia. Conviene recordar al respecto, que la totalidad de nuestras realidades físicas y fisiológicas eran ya idénticas a las que ahora tenemos antes de que un solo pensamiento, recuerdo o emoción transitaran por los cerebros del Homo sapiens. Y sin ese soporte, ni siquiera hoy, son posibles ni una sola de las aparentes conquistas, falsamente independientes, de los humanos.

**Dos.** La sociedad es la única fuente no sólo del poder, es decir, de la democracia, sino también de cualquier posibilidad de rectificación. Lo inferior es fundamento de lo superior, como bien demuestran todos los sistemas vivientes y todos los procesos de búsqueda de equidad, justicia y solidaridad. La vida en su conjunto es la fuente de todas las posibilidades de un tiempo regenerado a cada instante por los ciclos que esa misma vida ha organizado y mantenido. La energía no recorre una dirección de arriba hacia abajo, sino todo lo contrario de abajo hacia arriba.

**Tres.** La transparencia no figura en ninguna de las posibilidades industriales del ser humano y, por ello mismo, así como su no presencia en la bolsa de valores de mercado, la convierte en lo más valioso. Entre otras cosas porque nadie puede especular con ella, ya que en ese mismo momento dejaría de ser lo que es.

La vivacidad no ha merecido consideración alguna por los que dictan cómo es la realidad y sin embargo, no se hubiera escrito ni una sola letra en la historia de la humanidad, ni un solo ensayo, ni la más pequeña de las normas y leyes, si el impulso de la vida por seguir siendo, se hubiera apagado un día, de hace tal vez 160.000 años, cuando surge la especie que llegará a ser lo que dice.

La multiplicidad vital, que nos ha permitido estar acompañados, acaso, por dos o tres decenas de millones de otros seres vivos, tampoco es considerada como un conocimiento, convertido en sabiduría, y por tanto en la cultura más antigua, eficaz y duradera del planeta. Pocos valores tan valiosos en sí mismos como las infinitas diferencias de lo viviente.

La belleza, que no lo es si no incluye al ojo y a lo mirado, si no es la suma de las tramas, los personajes y los paisajes es muy anterior a cualquiera de las formas de contemplar y de apoderarse de lo que nos rodea. Y aún así lo feo y mutilado tiene precio, cada día más alto por cierto.

Por eso se trata de llegar a ser capaces de que, algún día, estos valores que nos acompañan y que incluso nos pertenecen sin tener que trabajar por ellos y, sin tener, sobre todo, que comprarlos, tengan por lo menos presencia en cada uno de los momentos en que alguien decide borrarlos del mapa en nombre de una riqueza. Esa que dejaría de ser así nombrada si jugáramos en los campos de la vida sin hacer trampas. 